

EL CATOLICISMO, ¿TIENE UN FUTURO?

Acabo de dar una conferencia-coloquio a un grupo de jóvenes de ambos sexos, católicos y protestantes. Esta charla forma parte de un ciclo donde protestantes, católicos, ortodoxos y judíos exponen la situación de sus respectivas Iglesias en España. Y cada uno expresa sin trabas su pensamiento acerca de la religión que profesa, tal como se vive y desarrolla en nuestro país.

Mi exposición fue muy simple: me limité a hacer una descripción sociológica del catolicismo español en la actualidad y las tendencias que se aprecian para el porvenir.

Antes, el panorama católico (me refiero al tiempo de nuestra monarquía y república) podría describirse como siendo el 50 por 100 del país clerical y de derechas, y el otro 50 por 100 del país, anticlerical y de izquierdas. Además, predominaban los católicos en el primer grupo y escaseaban mucho más en el segundo. Pero a la hora de hacer una calificación cristiana de ambos grupos antagónicos en que se dividía el país, resulta mucho más difícil dar una contestación clara, porque había mucho espíritu cristiano entre los que se mostraban anticlericales y se encontraba frecuentemente una ausencia de ese espíritu del Evangelio entre muchos componentes del grupo más oficialmente católico. Por eso los libros que intentaban estar por encima de estas querrelas apasionadas y de grupo, como el famoso libro del presbítero Carbonell, titulado «El colectivismo y la ortodoxia católica», se veían condenados al olvido de unos y de otros o al ataque furibundo de uno de esos sectores. Y todo ello a pesar de que estas obras —y en concreto la de don Angel Carbonell— ha sido de lo poco que salió en esos tiempos de manos católicas, que resulta precursor y ampliamente aprovechable aun hoy día, en que todos hablamos de socialismo, aunque no sé si sabiendo bien lo que se dice.

Este panorama sencillo y relativamente claro (creo que sería mejor llamarlo «simplista» en vez de sencillo) desapareció tras nuestra contienda civil. Y hoy nos encontramos ante un nuevo panorama sociológico en nuestro catolicismo. Los católicos conservadores, que eran antes la inmensa mayoría y chocaban por su clericalismo, se han convertido ahora en conservadores católicos, en los cuales el acento se carga sobre la palabra «conservador» y solamente queda lo católico como adjetivo. Y buena señal de ello es el nacimiento y cada vez más amplio anticlericalismo que se manifiesta en el seno de estos conservadores.

En el extremo opuesto, los católicos progresistas de antaño, que tuvieron un papel, hace bien pocos años, francamente importante en la renovación conciliar y posconciliar, están tornándose —por un proceso análogo al de los conservadores— en progresistas católicos, donde el acento se apoya cada vez más en el progresismo y lo católico se va haciendo adjetivo también. Sin embargo, lo curioso es que estos progresistas católicos, aunque no se den cuenta muchas veces, dan ejemplo de clericalismo, aunque este clericalismo sea hoy de izquierdas, a diferencia del que antes hubo y que era un clericalismo de derechas. La última palabra avanzada, en lo social o religioso, que oyen de su cura es para ellos el Evangelio, adoptando una actitud que no por ser mucho más acertada que la de los conservadores antiguos deja de estar equivocada por clerical.

Fuera de ambos grupos existentes hoy, cada vez se delinea más en nuestro catolicismo un tercer tipo de hombres y mujeres, que fueron descritos por un padre jesuita francés hace pocos años: les llamó «el tercer hombre». Y este «tercer hombre» somos las personas a quienes nos parecen anticuadas las adscripciones anteriores no porque estemos en un término medio, sino por todo lo contrario, porque nos encontramos más allá de ese clericalismo y anticlericalismo, que nos parecen demasiado ingenuos. Queremos ser independientes y poner, ante todo, nuestra propia experiencia humana y religiosa (ambas estrechamente unidas y no separadas), de modo que antes que la ley esté la conciencia, y que primero sea el amor y después, en muy segundo lugar, la norma. El cristianismo, para estos cristianos, ya no es un conjunto ante todo de doctrinas y prohibiciones, sino un sentido para la vida que se encarna, según las personas y los tiempos, de muy diferentes maneras, todas ellas legítimas porque son sinceras y responsables en el individuo que las realiza.

También se encuentra una cierta masa que ayer estaba llena de supersticiones aparentemente cristianas y que hoy está en vías de que desaparezca en ellas ese falso barniz religioso. Por

eso decimos que hay una desecristianización, y muchos católicos (obispos y no obispos) se escandalizan y preocupan, cuando en realidad lo ocurrido es una despaganización de esas supersticiones o semisupersticiones que poco tenían de cristianas.

Además, en forma creciente y en todos los sectores (obrero, intelectual, profesional, juvenil) se nota un apartamiento creciente de la creencia, no por desprecio la mayor parte de las veces, sino por desinterés respecto a las soluciones y recetas suministradas en muchas ocasiones por los hombres religiosos (clérigos o no).

Esta es la descripción que hice durante mi conferencia, esquemáticamente resumida para comprender dónde estamos. Y ahondé en ese «tercer hombre» que se empieza a difundir entre los que todavía somos creyentes convencidos y que cada vez nos distinguimos menos de otros cristianos abiertos y vitales, pertenezcan a la Iglesia que pertenezcan.

A todo esto tuve que añadir, como era natural, una alusión a la situación de crisis de nuestro clero español. Crisis sin duda de «identidad», como acaba de recordar Pablo VI, porque hay muchos que no saben ni en qué consiste ser sacerdote ni qué es lo que tiene que hacer un sacerdote. Pero quizá esta crisis de identidad se encuentre dentro de otra crisis más amplia que aprecio yo en nuestro clero: la crisis de confusión. Porque lo que es verdad es que difícilmente podemos acudir hoy al sacerdote para que sea un iluminador, un animador o un clarificador, como fue tradicionalmente su específica y auténtica misión. Inmerso el clero en sus propios problemas, se debate en ese oleaje sin que podamos saber bien a qué atenernos con ellos. La culpa no la tienen los que actualmente están sufriendo esta crisis, la tuvieron el ambiente y defectuosa formación que vivieron y que, tras la experiencia posconciliar, se vino abajo al conocer mejor la realidad humana en ellos mismos y en el mundo y al reflejarse la realidad religiosa en otro espejo muy distinto del doctrinario usual en sus años de seminario.

Al terminar mi descripción, el pastor protestante Daniel Vidal me hizo una pregunta clave. Su observación consistió en apuntarme que el catolicismo, a pesar de todo, tiene una misión que ellos mismos, como protestantes, consideran necesaria. Y me interpelo preguntándome cuál creía yo que era esta misión específicamente católica.

Mi contestación es bien sencilla: los católicos tenemos que hacer un profundo y decidido esfuerzo por salir de nuestras crisis, lo mismo el clero que los seglares, y abocar a algo que sea positivo de cara al mundo y a las otras religiones o confesiones. Tenemos que meditar con objetividad sobre nuestra historia, no a la luz de los manuales al uso, sino en un esfuerzo serio por comprender la constante que ha estado en el fondo de las múltiples peripecias que los cristianos católicos han experimentado a través de sus veinte siglos de existencia. Y no fijarnos ni en las interpretaciones superficiales puramente exteriores y apologéticas que se han dado hasta ahora, ni tampoco complacernos morbosamente en nuestros fallos. Bien está que de una vez seamos leales y los reconozcamos —como hago yo muchas veces con nuestro catolicismo patrio—, pero necesitamos buscar un poco más hondamente y ver qué es lo que se desprende de positivo de la experiencia católica a través de los siglos. Entonces es cuando podremos dar algo al mundo y a los demás hombres religiosos. Si no, estaremos abocados a un narcisismo estéril que dentro de poco tiempo no le interesará nada más que a mentes morbosas.

Y adelantándome a lo que quiero escribir otro día, diría que la experiencia más profunda del catolicismo es ser un «complexio oppositorum», un conjunto de dinámicas contradicciones que desembocan, cuando son bien comprendidas y utilizadas, en humanismo, universalismo, encarnación espontánea en cualquier cultura y solidaridad pluralista.

Pero no olvidemos que esta tendencia dialéctica constructiva se ha encontrado demasiadas veces oculta y aun negada por quienes deberían haber dado testimonio de ello. Si no lo reconocemos así, haríamos del catolicismo un idealismo falso. Lo que hace falta es que podamos descubrir esa veta positiva y, de hecho, la utilizemos; de no ser así, nos quedaremos una vez más en palabras, y el mundo ya no está para verbalismos.

MIRET MAGDALENA